

NO QUIERO
OLVIDAR
TODO LO
QUE SÉ

TÀNIA BALLÓ

LAS
SINSUMBRERU


ESPASA

TÀNIA BALLÓ

NO QUIERO OLVIDAR TODO LO QUE SÉ

LAS SINSOMBRERO 3


ESPASA

© Tània Balló Colell, 2022
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 13.087-2022
ISBN: 978-84-670-6583-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es.

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*
Impresión: Gómez Aparicio



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

Introducción	11
1. Mujeres en lucha	19
2. El huir de las mujeres	45
3. Los círculos de sororidad	87
4. Autoría truncada	125
5. Las relaciones epistolares transoceánicas, un nuevo espacio común	141
6. Nadie hablará de nosotras	163
Epílogo	207
Agradecimientos	209
Bibliografía	211

Capítulo 1

MUJERES EN LUCHA

Al amanecer nos despertó el golpeteo de las ametralladoras. Corrimos hacia la ventana. En lo que alcanzaba nuestra vista no se advertía movimiento alguno. Todo estaba quieto, en calma, con excepción de las lejanas ráfagas que se sucedían a intervalos. En los montes que amparan el sur de la ciudad se estaba consumando la última resistencia.

MADA CARREÑO, *Los diablos sueltos*

Muchas de las mujeres pertenecientes al grupo de las Sinsombrero fueron muy activas durante la guerra de 1936. Esa maldita guerra. Lucharon hasta el final. Ya fuera en el frente, denunciando las atrocidades del fascismo a través de su pluma o prestando servicio en la retaguardia. Todas y cada una de ellas eran conscientes de todo lo que estaba en peligro; su vida, su esencia, su libertad.

Son varias las obras y artículos publicados por estas artistas e intelectuales que exponen lo vivido durante la contienda. Algunos fueron publicados a lo largo de los tres años que duró el conflicto, otros, ya en sus correspondientes exilios. Son, la mayoría de ellos, textos que describen la barbarie, pero, en sus casos, el foco se centra en las mujeres, y eso, compañeras, aparte del valor literario, nos permite hoy entender cómo de importante y fundamental fueron ellas, algunas conocidas, otras anónimas, en ese tiempo de lucha y esperanza. Silvia Mistral, por ejemplo, publicará en la

revista *El Noi*, ya en el exilio, el hermoso artículo «Mujeres en la guerra», que siempre me ha parecido uno de los textos más conmovedores sobre el tema descrito: «A través de Esperanza veía yo ahora, con mayor claridad, a las mujeres de la guerra, a muchas de las cuales no había entendido ni interpretado. Rostros, figuras, gestos y acciones que se me revelaban: una campesina atendiendo su huerta a pocos kilómetros del frente de batalla; la niña que, herida por un bombardeo y recuperada, asistía a la escuela; las costureras de material de guerra que trabajaban horas extras; recordaba, en fin, a las mujeres ametralladas en las carreteras, el discurso de la combatiente, la lucha y el deseo de airear el ambiente español, de luchar contra la prostitución, contra la ignorancia y la miseria. Todas querían derribar las sucias chozas de la indigencia y fabricar casitas blancas llenas de sol, y llevar los niños del interior a la orilla del mar y los de la costa a la montaña. Instalar duchas en las fábricas, enseñar a leer y escribir a las mujeres que trabajaban en las fábricas desde niñas. ¡Cuántas tareas por realizar en tan poco tiempo!».

Como digo, fueron muchas, y sus textos prevalecen a la espera de ser leídos y estudiados. Por suerte la tendencia hace tiempo que está cambiando, y cada vez más el relato hegemónico sobre la guerra, donde predomina una mirada en masculino, se está revisando. La guerra ya no es solo cosa de hombres, aunque ojalá no tuviera que ser cosa de nadie.

Entre todos los libros que he leído, hay uno en concreto que me impactó notablemente, *Una mujer en la*

guerra de España, de Carlota O'Neill. Pero empecemos por el principio.

Fue pocos días antes de Navidad, lo recuerdo muy bien. El piso estaba cerca de la plaza de Colón, en Madrid. Era la primera entrevista que filmábamos de este tercer capítulo documental de *Las Sinsombrero*. Cuando un equipo de filmación entra en una casa particular todo es un poco atropellado. El orden hogareño y las cajas de luces no son buenos amigos. El piso era grande y luminoso. Accedimos al comedor, por un pasillo, y allí estaba ella, esperándonos, Carlota Leret O'Neill, conocida familiarmente como Lotti, hija menor de Carlota O'Neill de Lamo y Virgilio Leret Ruiz. Lotti es una mujer bella, morena y de grandes ojos oscuros. Al vernos llegar nos saludó afectuosamente. Tiene un pronunciado acento venezolano, fruto de sus años de residencia en el país. Estaba emocionada y enseguida detecté sus ganas de conversar, de contar la historia de su familia y sobre todo de Carlota, su añorada y estimada madre. Todo estaba preparado. Ante ella, una gran mesa llena de fotografías y documentos. Montamos rápidamente el set de rodaje. Claqueta. Acción.

Primera pregunta: ¿quién es Carlota O'Neill de Lamo?

Carlota O'Neill, nacida en Madrid en 1905, era la hija menor del matrimonio formado por Regina de Lamo Jiménez y Enrique O'Neill Acosta. Su activismo político le venía de familia y sobre todo por parte materna. Regina, su madre, procedía de una familia

progresista. Profesora de música, periodista, escritora, feminista y cooperativista convencida. Defensora del control de natalidad, del derecho al aborto, del amor libre. Fue fundadora de la Editorial Cooperativa Obrera e impulsora del primer banco obrero en 1920 (Banco de Crédito Popular y Cooperativo de Valencia). Muy culta y con muchas inquietudes, sus escritos aparecieron en diferentes publicaciones comunistas y anarquistas. Su padre, Enrique, diplomático mexicano de origen irlandés, fue también músico y escritor. En este ambiente intelectual creció Carlota, que, junto a su hermana Enriqueta, fue educada con una sólida formación en casa. En Madrid transcurrió su infancia y adolescencia, pero luego toda la familia se trasladó a Barcelona.

A partir de 1921, y según la prensa de la época, Carlota inició una incipiente actividad pública acompañando a su madre en mítines, conferencias y actos altruistas, actividad que irá aumentando, especialmente a partir de su primera obra publicada, *No tenéis corazón* (1924), con tan solo dieciocho años. Entre 1925 y 1927 publicará tres novelas más: *Historia de un beso* (1925), que formaba parte de la *Antología de escritoras españolas* de Federica Montseny, aparecida en La Novela Femenina; *Pigmalión* (1926), publicada en el número 31 de la serie La Novela Ideal, que dirigía la familia anarquista Montseny-Mañé, y, por último, *Eva Glaydthon* (1927), editada en la colección Esmeralda de La Novela Mensual. La crítica avala a la joven autora, a la que pronostican una fructífera carrera: «Se

ha publicado el volumen XXXI de *La Novela Ideal*, conteniendo una hermosa novelita que, con el título *Pigmalión*, ha escrito la joven y ya notable escritora Carlota O'Neill»*.

Pero, como bien apunta Rosana Murias en su ensayo sobre O'Neill, estas cuatro obras escritas a una edad muy temprana, entre los dieciocho y veintidós años, son textos un tanto ingenuos, «cargados de buenas intenciones y expresan una visión del mundo bastante simplista en la que lo romántico y lo político aparecen entrelazados en historias en las que el triunfo del amor conlleva asimismo una transformación ideológica, una suerte de redención»**.

A principios de 1920, Carlota conocerá al que será el gran amor de su vida, Virgilio Leret Ruiz, un joven militar originario de Pamplona, hijo de una familia monárquica y de tradición castrense, que nunca verá con buenos ojos la relación de su hijo con una muchacha de ideas progresistas. A pesar de ello, la relación de Carlota y Virgilio se consolida con el nacimiento de su primera hija, María Gabriela (Mariela), en 1925. Tres años más tarde y pese a la renuencia de Carlota al matrimonio, la pareja decide sin embargo casarse el 10 de febrero de 1929, en Madrid, para proteger los derechos de sus hijas. La segunda de ellas, Carlota (Lotti), nacerá pocos meses después de la boda.

* Col. *La Novela Ideal*, *La Revista Blanca*, 15 de mayo de 1926, p. 1, Hemeroteca digital BNE.

** Rosana MURIAS, *Carlota O'Neill. El impulso autobiográfico*, Madrid, Visor Libros, 2016, p. 30.

Pero las responsabilidades familiares no alejarán a Carlota de su activismo social ni de su vocación artística y periodística. Y mucho menos con los nuevos aires políticos que acontecerán en España a partir de la proclamación de la Segunda República. Son años de actividad frenética para nuestra autora, quien, para entonces, ya ha alcanzado cierta reputación y consideración en la esfera intelectual.

Aunque mucho se ha especulado sobre si Carlota se afilió al Partido Comunista, la verdad es que no existe documentación que lo avale. Su nombre no aparece en ninguna lista de dicho partido, y como bien nos explica Rocío González Naranjo en la introducción de la edición de *Al rojo*, la primera obra teatral de O'Neill, publicada recientemente por la editorial Torremozas, «por sus ideas sabemos que era simpatizante, pero nunca formó parte del partido. De hecho, en 1935, aparecía como socia en el nuevo partido de Manuel Azaña, Izquierda Republicana, cosa que, a mi parecer, era más por simpatía y amistad por don Manuel que por política»*.

Carlota era una infatigable luchadora de muchas causas; como bien me dijo su hija Lotti, ella defendía el amor libre, el control de la natalidad, el aborto, la eutanasia y los derechos igualitarios de mujeres y hombres. Una prueba de ello es la revista *Nosotras*, que vio la luz el 10 de noviembre de 1931 y de la que

* Rocío GONZÁLEZ NARANJO, «Prólogo», en Carlota O'NEILL, *Al rojo*, edición de Rocío González Naranjo, Madrid, Torremozas, 2021, p. 23.

Carlota fue fundadora y directora: «¡Mujeres! Demostrad al mundo que nuestro voto será emitido con plena conciencia social y política. [...] Demostrad a todos los detractores del feminismo que al menos nuestras aspiraciones políticas y sociales son capacitadas. *Nosotras* no es un periódico de partido, aunque nuestra bandera enarbola las palabras de Rosa de Luxemburgo: “Siempre a la izquierda”». Pese al entusiasmo de Carlota con este proyecto editorial, parece que no fue más allá del primer número. Según una entrevista para el periódico *La Calle**, a razón de la publicación de dicha revista, Carlota desvela algunos nombres de las mujeres que van a colaborar en ella: María Cambrils, escritora e histórica feminista vinculada al socialismo español; Blanca Luz Brum, poeta, escritora, pintora y política de origen uruguayo; Francis Bartolozzi, ilustradora y pintora; Elisa Soriano Fischer, doctora en oftalmología desde 1920; la doctora Encarnación Tuca Nasarre, y la abogada Matilde Huici. En los artículos de este primer número —que trataban sobre lucha obrera, feminismo, cooperativismo, participación de las mujeres en política y teatro proletario, entre otros temas—, aparecían nombres como el de Dolores Ibárruri, la doctora Elisa Soriano, Hildegart Rodríguez o la propia madre de Carlota, Regina de Lamo**.

* *La Calle, revista gráfica de izquierda*, Barcelona, 20 de noviembre de 1931, Biblioteca Virtual de Prensa Histórica, Ministerio de Cultura.

** El índice de la revista aparece en Raquel ARIAS CAREAGA, «Carlota O’Neill: sobrevivir para recordar», en Julio RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS (coord.), *La República y la cultura: paz, guerra y exilio*, Madrid, Akal, 2009, pp. 601-602.

La verdad es que no acabo de saber por qué fracasó la revista, no he encontrado la razón; seguro que hubiera sido muy interesante, sobre todo porque lo que Carlota ansiaba con este rotativo era justamente apelar a las mujeres de la clase trabajadora, en un momento crucial de la lucha feminista: «*Nosotras* no es hijo de un capricho, sino de una necesidad»*, afirmarí­a.

Pero las inquietudes de O'Neill no solo se centran en el medio periodístico. Ella exploró muchas disciplinas artísticas, como, por ejemplo, la poesía y la novela, como ya hemos mencionado anteriormente, pero también y sobre todo se decantó durante los primeros años de la década de 1930 por el teatro.

En mayo de 1932, se crea el grupo Teatro Proletario. Según una nota en el periódico *La Voz*, dicha organización tiene el propósito «de representar obras de vanguardia social inéditas hasta la fecha, por el elemento obrero de España». El llamado Teatro Proletario es una idea de Erwin Piscator surgida en Berlín en los años veinte del pasado siglo y que llega a España de la mano de intelectuales vinculados a la vanguardia cultural, casi siempre relacionados con el Partido Comunista (de aquí la idea instaurada de la afiliación de Carlota al partido). Se trata de un teatro de marcado carácter propagandístico de las ideas de la Revolución soviética y de temática política y social. Antonio Plaza Plaza, que es muy probablemente el que más ha investigado y publicado sobre esta expe-

* *La Calle, revista gráfica de izquierda, op. cit.*, p. 27.

riencia escénica, nos dice: «La creación del Teatro Proletario hay que inscribirla dentro de un marco cultural relacionado con el incremento de la conciencia política que se desarrolla entre amplios sectores de la sociedad —y en especial, entre las clases trabajadoras— de Europa Occidental a partir de la difusión de los hechos y consecuencias que derivan del proceso revolucionario ocurrido en Rusia en 1917. Este movimiento político dará lugar a una literatura de carácter propagandístico dedicada a exaltar los valores y las ideas que animaban a la Revolución soviética»*.

De nuevo según Plaza, la manera de articular el proyecto teatral fue a través del semanario político *Nosotros* (1930-1932), dirigido por César Falcón junto a Irene Lewy Rodríguez y que contaba con la colaboración de parte de la intelectualidad española «de avanzada».

La Cooperativa Editorial *Nosotros*, editora del semanario *Nosotros*, está organizando un grupo para representar en Madrid las obras del Teatro Proletario, entre las cuales [...] hay una serie de obras de extraordinario valor y que no se han representado hasta ahora en los escenarios madrileños [...]. Las inscripciones para formar parte del grupo Teatro Proletario

* Antonio PLAZA, «El Teatro Proletario en Madrid. Del grupo *Nosotros* a la compañía de teatro proletario de César Falcón (1931-1934)», en *Cultura(s) obrera(s) en España*, monográfico de *Kamchatka. Revista de análisis cultural* 14, 2019, p. 139.

se reciben todos los días en las oficinas de la cooperativa de siete a ocho de la noche*.

Carlota será miembro fundador de dicho grupo escénico, ostentará el cargo de secretaria y se convertirá en una de las más activas defensoras de este subgénero teatral, hasta el punto de que su obra *Al rojo*, primera incursión en la dramaturgia de Carlota, será la escogida para inaugurar en Madrid el repertorio de textos de autores españoles pertenecientes a esta corriente escénica, llamada también de agitación, el 11 de febrero de 1933, coincidiendo con la efeméride del setenta aniversario de la proclamación de la Primera República. Dicho texto, perdido durante años y recuperado por el mismo Antonio Plaza, aborda sin tapujos la precariedad y explotación laboral de un grupo de modistas. Su éxito fue total y estuvo representándose hasta mediados de 1934.

De todos modos, la labor teatral de Carlota no se limita a la dramaturgia. Actuará también como ponente en alguno de los ciclos de conferencias que organiza el Teatro Proletario. Como tal aparece en la programación de 1933 con la conferencia «El teatro revolucionario», y además participará activamente como actriz en el grupo *Nosotros*, tanto en las repre-

* «Teatro y cines. Teatro proletario», *La Tierra*, Madrid, 24 de mayo de 1932, p. 3, citado por Antonio Plaza, «El Teatro Proletario en Madrid...», *op.cit.*, p. 145.

sentaciones en Madrid como en la gira que la compañía realiza por el norte de España en 1934*.

Toda esta vida apasionante de Carlota, una mujer independiente, autónoma, decidida, con recursos, convive con la no menos apasionante acción militar de su compañero Virgilio, quien, entre otras muchas causas, estuvo detenido en dos ocasiones: en 1930 y en 1935, contra el gobierno de Berenguer. La primera de ellas sucedió durante la sublevación en Madrid, encabezada por Ramón Franco, Hidalgo de Cisneros y Queipo de Llano, que culminó con la toma del aeródromo de Cuatro Vientos el 15 de diciembre de 1930. Los oficiales de la base, entre los que estaba Leret, se negaron a disparar y a perseguir a los sublevados, que lograron huir a Portugal. Virgilio, acusado de rebelión, fue encarcelado. Saldrá en libertad provisional en enero de 1931 y será amnistiado el 14 de abril de ese año con la proclamación de la Segunda República. En 1935, la causa de su encarcelamiento hay que contextualizarla en la situación que vive el país durante la rebelión de Asturias. Virgilio criticará a un militar que en un programa radiofónico hace una declaración contra el comunismo, contraviniendo un decreto de ese año por el que los militares no podían manifestar su ideología política. Inexplicablemente, fue condenado a dos meses de cárcel. Su encarcelamiento no solo supondrá para la familia un golpe emocional, sino

* Antonio PLAZA, «El Teatro Proletario en Madrid...», *op.cit.*, pp. 152-153.

que también les afectará económicamente, porque se le sanciona reduciéndole el sueldo a un veinte por ciento. Carlota, para subsistir, escribe artículos para diferentes revistas y es ayudada por su madre. Por cierto, que durante el tiempo que estuvo preso en 1935, Virgilio aprovechó para diseñar un motor a reacción, revolucionario para la época, y que denominó «mototurbocompresor de reacción continua». Fue patentado ese mismo año. Recuerdo ver los planos de este invento en casa de Lotti, cuando la entrevistamos. Esta historia y lo que sucedió con los planos del invento y su patente podría ser perfectamente el argumento de una película de espías ambientada en la Segunda Guerra Mundial.

Durante esos años previos a la guerra, Carlota siguió con su incursión en el teatro. En 1935 estrena *El caso extraordinario de Elisa Wilman*, y en marzo de 1936 *El paraíso perdido*, representada a modo de lectura dramatizada en el mismísimo Lyceum Club Femenino, del que Carlota fue socia.

Azaña, condecorador de la lealtad a la República de Virgilio Leret, lo destina en 1935 a las fuerzas aéreas del norte de Marruecos, en Melilla, concretamente a la base aeronaval El Atalayón. Son meses de separación y de añoranzas: Virgilio en Melilla, y Carlota con las niñas en Madrid. Por ello, en el verano de 1936, la familia decide reunirse en Melilla para pasar los meses estivales: «Virgilio tuvo una feliz ocurrencia de hombre enamorado. En aquel verano no estaríamos separados ni un solo día. Él no pasaría solo un mes de

vacaciones con nosotros en el norte; seríamos Carlota, Mariela y yo quienes le acompañaríamos sin que tuviera que abandonar su trabajo»*.

Las fotografías que han sobrevivido de esas semanas nos muestran a una familia relajada, feliz; se encontraban anclados en una preciosa draga en la Mar Chica. Pero el 17 de julio, la vida da un vuelco.

«... Mi madre era una mujer inquieta, escritora, periodista, a ella le habían dicho que, cerca de la base de hidros, había un cementerio moro, y le dijo a mi padre: “Quiero que me lleves, quiero que me lleves a ver el cementerio moro esta tarde” [17 de julio de 1936]. Estábamos visitando el cementerio moro, cuando se empieza a oír una sirena, yo me acuerdo, fortísima, esas sirenas, tú sabes, de angustia, de alarma. Mi padre se para, se vuelve y mira hacia la base. E inmediatamente, allí, a lo lejos, vienen unos hombres corriendo, iban gritando: “Capitán Leret, capitán Leret”, entonces mi padre corre hacia a ellos... y, bueno, ya no lo vimos más»**. Así recuerda Lotti, que por aquel entonces contaba siete años, la última vez que vio a su padre.

Virgilo Leret regresó de inmediato a la base, y la defendió hasta que la munición escaseó. Fue detenido y esa misma madrugada fusilado junto a dos alféreces más, convirtiéndose así en el primer miembro del

* Carlota O'NEILL, *Una mujer en la guerra de España*, Madrid, Editorial Oberón (Col. La Buena Memoria), 2003, p. 19.

** Tània BALLÓ, Manuel JIMÉNEZ NÚÑEZ y Serrana TORRES, «Entrevista a Carlota Leret O'Neill», *Las Sinsombrero 3. Las exiliadas*, 2021.

ejército republicano asesinado por las tropas sublevadas: «A mi madre nunca le dicen oficialmente que ha muerto, tarda seis meses en enterarse. Y se entera de forma accidental mientras está presa»*.

Sin saber muy bien qué ocurría, Carlota y sus hijas regresaron a la draga. Allí esperaron noticias durante tres días. Finalmente, el 20 de julio, Carlota decidió acercarse a la base con intención de saber lo ocurrido con su marido. «Me metí entre aquella gente que saludaba brazo en alto y llevaba los uniformes militares y las camisas azules de la Falange, con las flechas rojas, como salpicaduras de sangre. Me encontré con seres de otro planeta; seres con los ojos inyectados de rojo; ojos de insomnio y de crimen»**. Pero ninguno de los antiguos compañeros de Virgilio quiso dar parte de lo ocurrido. Ante la falta de noticias, Carlota se desplaza a Melilla para buscar alojamiento para ella y sus hijas, y abandonar la pequeña embarcación, donde no se siente segura. Pero no tiene dinero ni a nadie a quien acudir. Desesperada, regresa a la embarcación, donde sus dos hijas pequeñas la esperan junto a Librada, la criada, presas del pánico: «Me recibieron con temor en la mirada, mirada de presentimiento»***. Finalmente, el 22 de julio, un marino se acerca a la embarcación y con disimulo le entrega una nota: «Señora, no siga por más tiempo ahí... Trasládese usted y su familia a

* *Ibid.*

** Carlota O'NEILL, *Una mujer...*, *op. cit.*, p. 35.

*** *Ibid.*, p. 36.

mi casa, que está situada (aquí la dirección). Yo soy amigo de su esposo». El remitente de la nota, sin firmar, era un suboficial de la base, quien se ofreció a hospedar a la familia. Con poco equipaje y apresuradas regresaron a Melilla y se dirigieron a casa del anónimo benefactor. Allí Carlota se enteró de las barbaridades perpetuadas por las tropas sublevadas y por los falangistas: «Y al relato la sangre se me helaba. Había sido el desencadenamiento de la barbarie; el hombre de la selva irrumpió en el mundo de los seres civilizados y normales, esparciendo el terror y el espanto. Y las voces quedadas de las mujeres afligidas contaban y contaban»*.

Carlota no se da por vencida, decide salir en busca de su marido e intentar recuperar el equipaje que habían dejado en el barco, eran las únicas pertenencias que tenían allí. La acompaña Librada. Confiada, deja a Lotti y a Mariela al cuidado de la familia que las acoge: «¿Volverás pronto, mamá?», «Dentro de una hora estoy con vosotras», «Adiós, mamá...». Una hora, cinco años.

Ambas mujeres consiguen subir de nuevo al barco. Allí les espera un «teniente que olía a vino»**, que no les saca el ojo de encima. Recogidas las pertenencias, piden volver a tierra. Al llegar, las dos mujeres son subidas a un coche junto a dos soldados armados. Carlota se extraña. «Entramos en Melilla. El automóvil seguía corriendo más deprisa, como si tuviera cerca el

* *Ibid.*, p. 38.

** *Ibid.*, p. 39.

destino. Nuestro destino. Y allí estaba. Frente al edificio de la Comandancia Militar, donde paramos en seco»*. De allí, al fuerte de Victoria Grande, convertido en improvisada cárcel. «Transcurrió un tiempo. ¿Cuánto?... En la prisión de este tipo, como en la muerte, el tiempo se detiene. Se pierde el contorno de los días y las noches; solo queda una noche larga bajo las lámparas prendidas y la gente que va y viene atareada en la tortura y la muerte bajo la luz del día o de la noche; siempre hay turnos dispuestos al dolor y la muerte con actividad de gusanos»**.

Alejada de sus hijas, quienes siguen esperando la llegada de su madre, Carlota intenta que se la libere. Pero todo es en vano. Es condenada a seis años de prisión: «... Al serle practicado un registro en su documentación y equipaje a la detenida a raíz del glorioso alzamiento, y hoy procesada, doña Carlota O'Neill de Lamo, viuda del que fue capitán don Virgilio Leret Ruiz, le fue encontrado un escrito en el que, bajo el título de "Cómo tomaron las Fuerzas de Regulares la base de hidros del Atalayón", lanza insultos sobre las referidas fuerzas, calificándolas de "tropas salvajes y de trágicas chichías que ensangrentaron Asturias"». Se trataba de las impresiones sobre el golpe de Estado que Carlota había plasmado el mismo día del alzamiento en unas hojas que sirvieron para inculparla y como la principal prueba para el

* *Ibid.*, p. 40.

** *Ibid.*, p. 42.

primer consejo de guerra al que fue sometida durante su cautiverio y que tuvo lugar el 21 de enero de 1937. Además de subversiva y de las injurias al ejército, se le acusó de hablar ruso y de estar detrás de los actos de su marido*.

A principios de este año 1937, la salud de Carlota en la cárcel se resiente. Enferma de pulmonía, ha de ser ingresada en el Hospital de la Cruz Roja, en donde pasará ocho meses. Gracias a eso puede ver en algunas ocasiones a sus hijas**. El 18 de marzo de 1939 se ve sometida a un nuevo consejo de guerra. En un alarde más de crueldad, su suegro, Carlos Leret, decide trasladar a sus nietas a la península y las recluye en un orfanato militar en Aranjuez. Rota de dolor, Carlota insulta a las autoridades. Afortunadamente, su condena no se amplía y sale absuelta de los cargos de los que se le acusa.

Lo que sucede durante los seis años de presidio forma parte del cuerpo narrativo de *Una mujer en la guerra de España*. Estas memorias apasionadas son un valioso documento que nos permite conocer de primera mano el alcance de la represión franquista y en concreto sobre cómo esta se cebó con las mujeres. Es un relato de una enorme crudeza; su lectura no te deja indiferente. Ya en su introducción, Carlota expone lo que supuso para ella la escritura de este li-

* Paul PRESTON, *El holocausto español. Odio y exterminio en la Guerra Civil y después*, Barcelona, Debate, 2011, pp. 196-197.

** Adoración PEPÉN RUEDA y Vicente MOGA ROMERO, «Carlota O'Neill: una mujer en la guerra», *Aldaba* 15, 1990, p. 79.

bro; escribir, destruir, recuperar, editar y publicar dicho texto, a pesar de los años transcurridos, no fue tarea fácil:

Me parece que he escrito este libro más de dos veces. Lo tuve escondido, allá en España, bajo tierra, envuelto en un hule; también estuvo dentro de un horno apagado, pero su destino era el fuego. A él fue a parar, empujado por las manos que temblaban de mis dos hijas y mías, cuando la Falange empujaba la puerta de nuestra casa. Pasó el tiempo y volví a sentir la desazón de reconstruirlo. Era como un mandato que me desasosegaba. Que me obligaba. Y lo escribí otra vez, segura de que no tendría que esconderlo, porque las tropas de los aliados acorralaban a los nazis. Lo escribí y, al terminar, vuelta a esconderlo... [...] Cuando América era para nosotras más que un presentimiento, este libro se volvía una amenaza. Pero antes de deshacerlo tomé notas para poder seguirlo más tarde. Y metía en el equipaje unas cuartillas que eran un jeroglífico solo entendido por mí [...] En Venezuela volví a escribirlo en 1951, el primer año de mi llegada. Lo hice cansada, y cansado y cansino quedó el libro: cuando fui a corregirlo encontré mal dicho todo. Y me dispuse a hacerlo otra vez*.

* Carlota O'NEILL, *Una mujer...*, *op. cit.*, p. 15.

Lo reitero, la lectura de este libro es de las experiencia más conmovedoras y angustiantes que he podido experimentar en mis lecturas *sinsombreriles*. Recuerdo la primera vez que lo leí, estaba de vacaciones en Mallorca, no tardé mucho en acabarlo, pero estuve dos o tres días para digerirlo. Y animé a mi madre a leerlo de inmediato. Lo que Carlota describe en sus páginas es estremecedor: la crueldad, la falta de humanidad que trasluce, sus palabras se te quedan grabadas en la cabeza. Porque esta no es solo la historia de Carlota, sino, como muy bien apunta Murias, «[...] los hechos narrados por Carlota O'Neill trascienden lo meramente personal para convertirse en testimonio de una realidad social y política concreta de especial significado histórico»*. Porque, como si hubiera sido premonitorio, en el momento en que Carlota entra en el presidio olvida el YO, para hablar de NOSOTRAS, como también quiso hacerlo en ese proyecto editorial de 1931. «Al pasar los días fue creciendo el terror. Noche y día llegaban mujeres y mujeres con nosotras; unas arrastraban de los brazos a sus hijos en su resistencia por meterse en el agujero; otras los cargaban en el vientre. Llegaban viejas, jóvenes, muy jóvenes. Unas lloraban; algunas reían. Entraban otras con rojeces en el alma y en la cara; con palidez de cadáver después de ser violadas»**.

* Rosana MURIAS, *De las memorias al teatro: el caso de Carlota O'Neill*, UNED, 2009 (Tesis doctoral), p. 174.

** Carlota O'NEILL, *Una mujer...*, *op. cit.*, pp. 59-60.

En esta obra, Carlota es consciente del valor de su testimonio. Creo que por eso hace una descripción tan exacta de todo lo sucedido. Nos encontramos ante una narrativa coral, donde van apareciendo, casi como si se tratara de un texto escénico, distintos personajes, la gran mayoría mujeres, presas como ella. Carlota da nombre a esas mujeres de las que nada o poco sabríamos y que son víctimas directas de la guerra y de la represión. Mujeres de todas partes y de todas las clases. Analfabetas y formadas. En la prisión de Victoria Grande nada de eso importa. Niñas, adultas y viejas, Carlota nos ofrece un catálogo de diversidad femenina, y sin tapujos nos muestra la crueldad de los fascistas. Bárbaros, sin piedad, que torturaban, violaban y asesinaban a mujeres y niñas, contagiados por el odio y la necesidad.

—¡CARMEN GÓMEZ!...

Carmen Gómez avanzó cortando el silencio que ya era masa compacta en torno a ella.

—¿Me llamaba?

—Sí... Ven abajo.

—Es que... ¿tengo que declarar?

—No tienes que declarar; ¡vamos, aprisa! ¡No me tengas aquí! —Las palabras apremiaban.

—¿Es que me van a poner en libertad? ¿Bajo mi ropa?

—No te va a hacer falta. ¡Ae! ¡Vamos, mujeres! Aprisa.

Carmen fundió su mirada en las nuestras, que las pegábamos en ella, en don Miguel. Nos apretujábamos

las unas a las otras para escuchar, para ver, para deducir... Carmen se escondió a la vista de don Miguel, nos miró poniéndose la mano sobre la sien en gesto de disparar un revólver. Manoteando en voz baja le dijimos que no, que no, que no. Nos besó a las que tenía más cerca. Recuerdo sus labios apretados contra mis mejillas. Le devolví el beso. Tenía dieciocho años.

Partió con don Miguel terraza adelante. Ella se volvió varias veces en gesto de despedida, sonriente. Era su andar ligero.

—¡Adiós... hermana!*

Carlota fue liberada de la cárcel en 1940. De Melilla, viajó a Málaga desde donde se subió a un tren que la llevaría a Madrid, donde estaban internadas sus hijas y donde residían su madre y su sobrina Lidia. Aquí empieza un nuevo relato, que la autora publicará bajo el título *Los muertos también hablan*, inédito en España hasta 2003.

El tren hizo su entrada en el andén, y yo aturdida entre voces y chirriar de carretillas, gritos de locomotoras... ¿La madre? Había dejado una mujer joven, hermosa, de pelo negro. Y aquella voz: ¡Carlota! Y allí estaba: ancianita, el cabello muy blanco, pequeña, temblorosas las manos, hundidos los ojos... ¡Y aquella mirada!, de mirar lejos. Envuelta en vestidos negros, pobres, recosidos, descoloridos; y los zapatos

* Carlota O'NEILL, *Una mujer...*, op. cit., p. 68.

rotos con descarados agujeros. En las manos de artista, el único resto: guantes de algodón. Junto a ella, muy agarrada a ella, mi sobrina. [...] ¡Y aquella mirada, hecha de cansancio, de enorme cansancio, de la madre!*

Regina, la madre, había pasado toda la guerra en Madrid colaborando en la Asistencia Infantil para la evacuación de los niños del bando republicano y cuidando de su nieta, Lidia Falcón, hija de Enriqueta, su hija mayor, quien por aquellos años residía en Barcelona. Al finalizar la contienda, sobrevivió escribiendo novelas románticas que firmaba con el seudónimo de Nora Avante, y dando clases de piano y canto.

A su llegada a Madrid, Carlota no dudó en ir a buscar a sus hijas, aún internadas en el colegio de huérfanas de militares en Aranjuez. Llevaba tres años sin verlas. El colegio, regido por monjas, era estricto, oscuro y gris. La situación de las muchachas allí es terrible: «¡El colegio es la muerte, mamáita! [...] muchas compañeras se mueren de frío, de hambre, de tristeza!»**.

Pero Carlota no puede sacar a sus hijas del internado sin conseguir antes un trabajo y cierta estabilidad, única forma de poder recuperar su custodia. No tiene dinero, todos sus bienes han sido embarga-

* Carlota O'NEILL, *Los muertos también hablan*, Madrid, Oberón, 2003, p. 227.

** *Ibid.*, p. 231.

dos, su familia no tiene nada. Venden lo poco que les queda. Así lo demuestra un documento inédito que encontré en el fondo de Lidia Falcón, depositado en el Arxiu Nacional de Catalunya. Es un papel mecanografiado donde se deja constancia del empeño por parte de Carlota, el 22 de noviembre de 1940, de un aparato de radio marca Ultramare, cuatro lámparas y una máquina de escribir marca Royal, a un tal don Laurentino Romero Flórez, por valor de mil cincuenta pesetas. Está claro que la situación era límite, Carlota vendía, seguramente, uno de sus más preciados bienes: su máquina de escribir.

Finalmente recupera a sus hijas, pero no su tutela. Pide permiso para desplazarse a vivir a Barcelona, sabe que su suegro la acecha y que luchará para quitarle de nuevo a las niñas. Carlos Leret culpó siempre a Carlota de la deriva republicana de su hijo, y en consecuencia la hizo responsable de su muerte. Tiene miedo. Así que tan pronto como recoge a las pequeñas, toma un tren hacia la Ciudad Condal. No lo tiene fácil, lo sabe, pero se siente más segura: «A la par que buscaba el colegio, buscaba trabajo. ¿Y qué haría? ¿Podría como escritora? Ni rastro de mis amistades; se las llevó la guerra, la muerte, el exilio. No podía elegir, había que trabajar. Para empezar, tenía que cambiarme el nombre» *. Laura de Noves. Bajo esa identidad, Carlota publicará cuentos, novelas y artículos, llegando a alcanzar cierta notoriedad: «Laura de

* Carlota O'NEILL, *Una mujer...*, op. cit., pp. 291-292.

Noves comenzó a sonar en Barcelona. Hacía una novela cada mes, además de mis colaboraciones periódicas. Las novelas eran malas. Tenían que ajustarse al patrón que entonces se estilaba. El mismo argumento con ligeras variantes, sacado de idénticos clichés. Una joven soltera que se enamora; unas veces le corresponden, otras no»*. Pero aun así fueron años muy difíciles, de miseria y soledad.

Por fin, en 1949, Carlota y sus dos hijas emprenden el camino al exilio: «“¡Ya está...! ¡Ya llegó...! ¡El cable...! ¡Este es el cable de Mario Arnold...! ¡Se arregló todo! ¡Acaba de llegar...! Y dice algo más: ¡Mario Arnold está esperándolas en el muelle, para llevarlas en avión a Caracas!”. Y así fue cómo mis dos pintonas y yo recalamos con nuestro bagaje de dolor en Venezuela, parte de la bien amada tierra de América»**.

Carlota O'Neill jamás volvió a España, aquí ya nadie la esperaba. Murió en Caracas en el año 2000, a los noventa y cinco años.

* *Ibid.*, p. 294.

** *Ibid.*, p. 322.